

PRIMER VIAJE A NAVARRA DE ALFONSO XII

Jesús M^a MACAYA FLORISTÁN
jesusmarimacaya@gmail.com

El 29-XII-1874 el general Martínez Campos, *"cuya bizarría iguala a su acendrado patriotismo"* (La Época), sin encomendarse a ni a Dios ni al diablo, desde Sagunto proclamó en la figura de Alfonso XII el regreso de los Borbones. Las tropas allí radicadas, al notar la presencia del ilustre y *"patriota"* general segoviano, gritaron *"¡viva el rey constitucional D. Alfonso XIII!"*. El 14 de enero llegó el monarca a Madrid. Regresaban los Borbones al trono español.

El tema de este artículo da para escribir un libro, según la información que la prensa madrileña ofreció del viaje del nuevo monarca a Navarra y que intentaremos resumir para que sea posible explicarlo en Pregón.

Establecido Alfonso XII en el nuevo domicilio se encontró con una España herida por una guerra civil iniciada en tiempos de su abuela María Cristina y que nadie consiguió concluir hasta ese momento. Se propuso el joven monarca acabar con la lucha fratricida, poniéndose al frente de su ejército en el campo de batalla más conflictivo, Navarra.

La prensa informaba que el 20 de enero el Rey saldría hacia el Norte dispuesto a liberar Pamplona del cerco a la que estaba sometida por los carlistas. Ase-



guraba El Boletín de Comercio, a pesar del conflicto, la guarnición que defendía la capital navarra estaba bien abastecida y sus habitantes no carecían de lo más necesario, salvo los artículos de lujo, especialmente las aves, y no dudaba del éxito de las tropas realistas. Se conocía que 500 carneros serían degollados para dar vida *"a aquellos atribulados habitantes"*.

Desde el 1 de diciembre -informaba El Imparcial-- *"solo quedaron abiertas tres puertas para poder bajar al río y al nuevo cementerio, desde esta fecha comenzaron los verdaderos sufrimientos; la mortandad llegó á ser tal, que se prohibió tocar las campanas para que el vecindario no se apercibiera de todas las defunciones que ocurrían. La autoridad militar publicó algunos bandos para que se ausentasen las personas que pudieran y quisieran hacerlo y desterró á otras"*.

También, informaba que Pamplona estaba en completo estado de defensa; las escarpas de la fortificación enteramente limpias, lo mismo que los parapetos; recortadas las banquetas, completas las explanadas y más de 80 piezas de artillería montadas en marcos y cureñas nuevos de roble, construidos durante el bloqueo, presentando blindados los emplazamientos más expuestos al fuego, y preparados para el blindaje otra multitud de ellos. Es imponente, a la vez el aspecto severo que presentan las inmediaciones de la plaza, despojadas de su arbolado por la imperiosa necesidad de la defensa, contrastando con el paseo de la Taconera, donde se ven grandiosos árboles seculares al pie de los glacis interiores de la magnífica ciudadela.

El diario conservador, La Política, daba la noticia -según una carta recibida desde Tafalla-, que en Pamplona la situación era muy triste, como consecuencia del cerco al que estaba sometida. De Bayona recibía información de que el tocino, legumbres, vino, café y licores eran abundantes en Pamplona, había existencias para dos años, y la población, al carecer de gas y petróleo, se alumbran con hachones y faroles de aceite.

En una carta procedente de Pamplona, entregada a un oficial del ejército por un desertor carlista -según informaba la prensa-, se dice que en la capital abunda el pan y el tocino, cuya grasa suple al aceite, ya terminado. Las judías también van acabándose. De tiempo en tiempo, logran hacer salidas e introducir borregos y carneros. El gobernador militar, brigadier Andía, está mereciendo *"bien de la patria, habiéndose constituido desde hace cuatro meses en la*

muralla y cuerpos de guardia, donde pasa día y noche sin descanso al cuerpo”.

Amaneció el día 20 y D. Alfonso cogiendo el toro por los cuernos, decidió trasladarse a Navarra. Salió de Palacio de madrugada sin pompa y aparato aclamado por los allí presentes, que no eran otros que jornaleros dispuestos al trabajo (los demás dormían a pierna suelta).

La prensa madrileña ofreció crónicas diarias de lo sucedido en este viaje real, ensalzando el ímpetu del joven monarca (18 años). Partió la comitiva real, vía Zaragoza. En el límite de Aragón y Navarra, el Rey fue recibido por la Diputación Foral. Su presidente le dedicó palabras muy elogiosas, y a la vez lamentables por la situación bélica: *“esta desgraciada provincia no se ve mas que luto, desolación y ruina”*. Si esta corporación apoyó vuestra madre, ahora lo hace con V. M.

A las cinco de la tarde del día 21 llegaba a Tudela el conglomerado de tropa y personalidades en medio de grandes ovaciones. Entró D. Alfonso en la ciudad en una *“carretela”* descubierta, propiedad del marqués de Huarte, en cuyo palacio (hoy Archivo y Biblioteca) se hospedó, saliendo al balcón para corresponder a los aplausos. Dejó admirados a todos con los que conversó por su amabilidad y aplomo, a pesar de su juventud. Previamente visitó la catedral. Se comentó que contaría con 53 batallones, 150 cañones y ocho regimientos de caballería, con 4.000 acémilas y más 4.000 carros.

A las siete de la mañana del día siguiente, el Rey, en traje de campaña, salió de la ciudad cruzando la plaza y el paseo que bordea el río *“Quilez”* en medio de vítores de los tudelanos. En la comitiva marchaban 50 caballos a galope en avanzadilla, a 50 metros un correo de gabinete, el rey solo, varios generales, el ayudante del rey, etc. Personajes como los marqueses de San Gregorio (nacido en La Rioja y médico de la familia real) y Oñate y periodistas extranjeros y nacionales, los corresponsales del *Diario de Barcelona*, *Gaceta de Colonia* y el dibujante de la *Ilustración hispano-americana*, salieron en coche alquilado y otros en carros, para tomar el tren en Castejón hasta Marcilla.

Llegó la expedición a Valtierra dos horas después. Montaba D. Alfonso *“un caballo hermoso por su estampa, pero más codiciable por su mucho y gracioso andar”* (La Época). Allí por donde pasaba había centinelas que desde lejos le vitoreaban. En la comitiva marchaba un oficial del estado mayor francés y un corresponsal de la prensa parisina. En esa ciudad, el Rey pasó revista a las tropas montado *“en un precioso caballo”*, unas veces a galope y otras trotando, para después almorzar, se le vio departir amistosamente con el cura de Valtierra. Continuó la comitiva a Villafranca. En Funes fue recibido por el capitán general de Navarra, Domingo Moriones, para llegar a Peralta, donde se pasó revista a 47.000 soldados en la dehesa de San Miguel: las divisiones Despujol y Portillo, Fajardo, del general Tassara y otras.

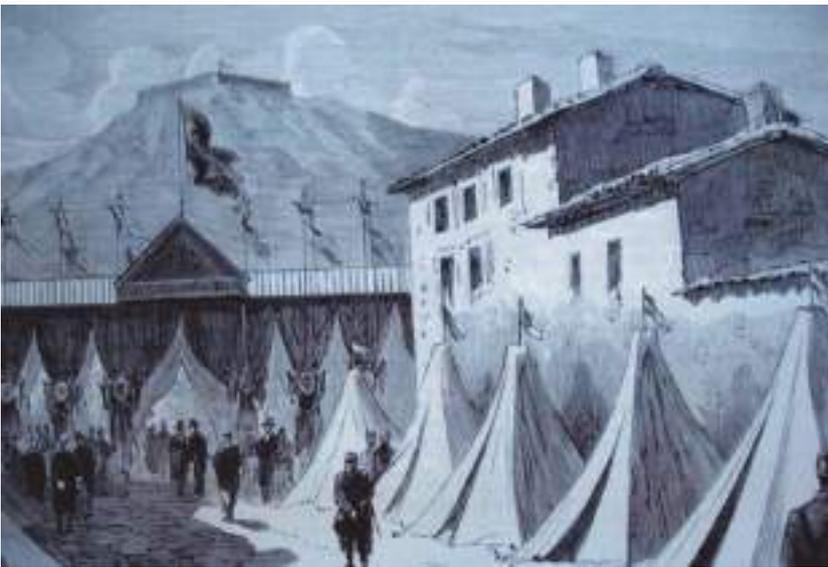


Primer viaje a Navarra de Alfonso XII el 20 de mayo de 1875. Fotografía de la Real Academia de la Historia.

Hubo banquete servido nada menos que por Lhardy; en la mesa estaban degustando (supongo ricos manjares al ser elaborados por tal restaurante) los generales el navarro, Moriones; los jerezanos, Laserna y Primo de Rivera; el madrileño, Tassara; el santanderino, La Portilla, el mallorquín, Jovellar; el barcelonés, Despujol y otros militares. Laserna brindó por la monarquía, por el Rey y por *“el valiente y sufrido ejército español; Moriones lo hizo por “el primer valiente que vierta su sangre en el Carrascal”*, y Despujol por los ejércitos de Cataluña y Centro. El coronel de estado mayor, Salcedo, recitó el brindis en verso. Hubo quien lo hizo por la unión de todos los partidos españoles, por el ejército de Cuba y por Isabel II. La tienda real era la misma que perteneció al califa Muley-el Abbas, obtenida por O'Donnell en la guerra de África.

Las personas que sirvieron el banquete regresaron a Madrid el día 28, siendo despedidas por considerar el Rey un servicio superfluo y manifestó que *“quiere sufrir las mismas penalidades del soldado”*. El magnífico recibimiento de Peralta tiene más mérito -decía la prensa-, ya que es muy carlista, de sus mil y pico vecinos, más de 400 se encuentran en las filas de D. Carlos. *“Todo esto induce a creer que existen motivos fundados para que los carlistas no defiendan en lo sucesivo su causa con la tenacidad y empeño de otras veces”* (La Época). Hubo un incidente, en una pendiente dos artilleros cayeron de un furgón, pasando por su cuerpo otro furgón, dejando cadáver uno y otro con lesiones. Otro incidente fue la demostración de *“magnanimidad”* del monarca, indultó a tres carlistas y al comprobar que vestían de mala manera, les dio en mano diez duros a cada uno.

Se celebró la misa dominical, con su asistencia, en el campamento, colocándose detrás del altar mayor. A continuación marchó a la casa-palacio del *“ricachón Sr. Zabalza”*, donde se celebró el Consejo



Llegada de Alfonso XII a Tudela. Grabado de la Ilustración Española y Americana (1876).

de generales. Pronunció el Rey una alocución dirigida a los rebeldes (estaba escrita en vascuence, según la prensa) reafirmando sus deseos de paz y dando a conocer su extrañeza, en su ausencia, por los desgarros producidos en la guerra civil. Reconoció haber llegado al trono sin derramar una gota de sangre, y como patriota no consentirá una guerra inútil. Si tomasteis las armas para conseguir una monarquía -les dijo-, ved en mí su representante legítimo. Si la causa ha sido vuestra fe religiosa, en mí tenéis un rey católico. Seré un rey constitucional, "vosotros que tan grande amor tenéis a vuestras libertades venerandas ¿podéis abrigar el mal deseo de privar de sus legítimas y ya acostumbradas libertades a los demás españoles? No concibo ni espero". Soltad las armas para evitar tanto dolor. "Quiero presentarme a vosotros con un ramo de oliva en las manos. No deseo oír esta voz amiga, que es la de vuestro legítimo rey".

A sus tropas les dijo que admiraba sus actuaciones en diferentes campañas, "sois sucesores dignos vuestros padres". "¡Caiga la responsabilidad de toda la inocente sangre que se vierta aún sobre los que no han querido escucharlas!". "¡Nobles hijos de las coronas de Aragón y Castilla! ¡valientes vascongados y navarros, fieles como debéis a la patria! Llegada es la hora de probar con las armas, a los que tal piensen, su indigno error".

El rey se dirigió a Azagra de forma inesperada, pueblo que fue días antes víctima de una catástrofe por desprendimiento de una peña. Casas en ruinas y un sin número de muertos. Habló con el párroco y alcalde, y prometió ayudarles con 800 reales (no sé si lo cumplió). Al pasar por Marcilla, repicaron las campanas de la iglesia y del convento de agustinos. Fue recibido en la puerta del convento por el prior y frailes. Te-Deum y veneración de las reliquias de San Agustín. Visitó el palacio del marqués de Falces. En esta villa no se pudo detener al cabecilla carlista "Chispas", al que sus correligionarios le apodaban "el Gato", porque en sus salidas siempre traía carne en las uñas.

Llegó a Tafalla el día 28 a las dos de la tarde, los vítores y aclamaciones nada tenían que envidiar a los de otros lugares. Se alojó en el Ayuntamiento, que fue decorado y engalanado con gran gusto y elegancia, siendo el comedor donde más se han esforzado: en el centro hay una mesa para más de cien personas. Es digno de recordar el esmero con que han colaborado las autoridades, entre ellas, el alcalde de la ciudad, el Sr. Urtaun. En las paredes pendían 26 cuadros, retratos de los ascendientes del marqués de Feria. El diputado Sr. Huarte, en nombre de la Diputación, le hizo el ofrecimiento.

Fueron a la parroquia de Santa María, el Rey bajo palio, donde se cantó un Te-Deum. Terminada la ceremonia, más cañonazos de saludo, dirigiéndose a pie al Ayuntamiento.

Visitó el hospital sostenido por una asociación de señoras tafallesas, que para el corresponsal del diario El Imparcial, "el desgraciado herido que entra en aquella casa embellecida por la presencia de almas nobles, tiene la seguridad de hallar a la cabecera de su cama a uno de esos ángeles de consuelo, siempre que necesite humedecer sus labios secos por el fuego de la fiebre, o distraer los agudos dolores de la herida, o enviar en una carta palabras de consuelo a las personas objeto preferente de su cariño". En esta ciudad se pudo ver a varios corresponsales de periódicos extranjeros: el belga La Independencia, los franceses Temps, Monde Illustré y Paris Journal, los vieneses Nueva Prensa Libre y Goerlach, los alemanes Gaceta de Colonia, Prensa de Silesia, Gaceta Nacional de Berlín, etc.

En Olite demostró ser un soberano justo y a la vez compasivo. Dos soldados, el aragonés Ramón Marcos y el burgalés Sebastián Saez habían dado muerte a un sargento y estaban condenados a muerte, en el momento de la ejecución el rey ordenó no hacerlo. Los condenados, de rodillas, le bendijeron y las tropas le vitorearon calurosamente. Al día siguiente marchó a comprobar el estado de las obras de los fuertes de San José y Santa Lucía, en el trayecto el pueblo tafallés demostró su cariño. En la misma fecha el Pretendiente carlista se estableció en Puente la Reina.

El día 31, después de asistir a misa, montó a caballo y recorrió los lugares donde radicaban sus tropas, para almorzar después con el general Fajardo. El diario monárquico, La Época, pleno de entusiasmo alfonsino escribía: Esperamos que a diferencia de campañas anteriores, no se interrumpirá un momento, no cesará hasta haber reducido o sometido al eúskaro tenaz". Entre tanto, en Madrid para celebrar la onomástica del Rey, baile de máscaras en el teatro Real de doce de la noche a seis de la mañana, y al día siguiente se representaba Aida.

Entrada de Alfonso XII en Pamplona en 1876. Grabado de la Ilustración española y americana.

La Correspondencia de España informaba que la división Despujol llegó a Artajona y Pueyo sin un solo disparo, "nuestras valientes tropas están animadas del mejor espíritu y deseosas ya de probar su denuedo a las huestes del pretendiente". Los carlistas vascongados -reflejaba la prensa- en vista de la situación, decidieron trasladar tropas y armamento a Navarra, estaban concentrándose en el Carrascal y Puente la Reina. D. Carlos llegó a Estella el día 26. A los tres días estaba en Puente la Reina y Alfonso XII a nueve kilómetros.

Mientras el rey paseaba triunfalmente por Navarra, los incidentes bélicos continuaban su habitual marcha, eran tantos que se hace imposible narrarlos.

El 3 de febrero, las tropas gubernamentales ocuparon Lorca, Alloz y Lácar. En la misma fecha el diario madrileño publicaba esta noticia: No hay, pues, cuidado de que carezcan de lo necesario los sufridos habitantes de Pamplona; bien que se ha exagerado mucho respecto a las privaciones que han tenido durante estos cuatro meses de riguroso bloqueo. Ni un día les ha faltado carne fresca, puesto que la guarnición y las partidas de paisanos organizadas convenientemente, hacían sus salidas para allegar víveres de los pueblos próximos. Si se ha matado para la venta algún caballo, no ha sido sino por poner la carne al alcance de todo el mundo, a precio ínfimo, teniendo en cuenta que la buena de reses lanaras no excedía de su valor ordinario.

En Pamplona, el 2 de febrero, se reunieron las autoridades para adoptar medidas extremas á causa de la falta de subsistencias, y "cuando se iba á echar en masa fuera de la población á todo el vecindario, los vigías de la torre de la iglesia de San Saturnino anunciaron que llegaban tropas, y fué indescriptible la alegría al saber que la brigada Navascués había envuelto por Sangüesa el ala izquierda de la línea carlista, y que 14 batallones del ejército llegaban aquella noche". El día 3 salió Morlones con estas fuerzas, y los 22 batallones carlistas del Carrascal, abandonaron sus posiciones salvando el material y tirando algunos las armas. Otros 13 batallones carlistas se retiraron a Echarri. El día 5 el rey estaba en Artajona camino de Pamplona, se ordenó destruir las trincheras del Carrascal para poder pasar los carros.

Previamente a la entrada del rey en Pamplona, el gobernador y el alcalde habían salido a más de dos kilómetros de la ciudad para felicitar a "D. Historia de Navarra y XII de Castilla" (así se expresaba La Época del día 11 y así se hace constancia). En las proximidades de la capital le felicitaron la Audien-



cia, la Diputación, el Instituto y el clero, entregando las llaves de la ciudad el "bizarro" general Andía, gobernador militar de la plaza y segundo cabo de la capitanía general, contestando "Historia de Navarra" la sentida felicitación del general, que aceptaba con gusto y orgullo las llaves de una ciudad que, siempre fue fiel á sus reyes, había luchado con tesón en contra del despotismo (no sé si esta fue la realidad, pero después tampoco).

Por fin, a las doce menos cuarto del día 7 llegó a Pamplona, siendo recibido a limpio cañonazo (no asustarse, eran salvadas de bienvenida). En la Plaza del Castillo se montaron varios arcos de triunfo, sin poderlos terminar, ya que nadie le esperaba tan pronto. El entusiasmo del recibimiento fue inmenso, incomparable: colgaduras en todas las casas, gallardetes adornando las calles, escudos con las armas de Navarra y con las iniciales Alfonso XII, colocados por cualquier lugar. Al pasar por la calle de Chapitelá "aplausos y vítores eran prueba plenísima del placer con que Pamplona recibía a su joven y valeroso Rey" (como es lógico y natural, el firmante de este artículo no lo presencié, pero se reproduce tal como se escribió).

"Historia de Navarra", siguiendo la tradicional y piadosa costumbre de los reyes y reinas, fue á la catedral, donde le recibió con palio y cruz alzada, se entonó un Te-Deum (otro más), y a su conclusión salió de la catedral dirigiéndose, entre inmensidad de pamploneses, a la "Diputación provincial" -magnífico y suntuoso edificio en el que se le había preparado lujoso alojamiento, donde recibió á las autoridades, comisiones y guarnición.

A las tres, salió en carruaje para visitar el Instituto, uno de los mejores de España, donde contestando al director, que le deseaba un reinado próspero y pacífico, dijo que le felicitaba por el buen estado de su establecimiento, que era la verdadera base de la instrucción, y que atenderla con preferente atención al fomento y desarrollo de los estudios universitarios. Después del Instituto visitó la magnífica ciudadela, y la obra de Pinaquy, que por medio



Recibimiento d Alfonso XII en el Palacio de la Diputación de Navarra. Grabado de la Ilustración española y americana.

de un sencillo aparato compuesto por un juego de bombas impulsado por una turbina llevaba agua del río hasta 35 metros y daba agua a la ciudad. Se hizo la obra en 20 días bajo el fuego enemigo. Después fue a la casa de Misericordia, donde admiró "la limpieza y aseo".

La comida en la Diputación, en el salón de remates convertido en comedor con una mesa para 51 cubiertos. Al terminar salió al balcón que da al paseo Valencia, recibiendo entusiastas aplausos. Al día siguiente salió el Rey hacia Tafalla, almorzó en el Carrascal con el leachujo general Moriones (había nacido en Leache o Leatxe). A continuación partió hacia Logroño, llegando a Madrid el 13 de febrero.

Terminada la "epopeya", llegaban las reflexiones. El 11 de febrero el corresponsal de La Época escribía: "Vuelvo á repetirlo: la guerra ha concluido; tengo esta convicción profunda, y la tengo porque sé lo desalentados que andan los carlistas; porque sé, por presentados aragoneses, que estos batallones dicen que ya tienen rey, que es lo que querían, y que no apetecen mas, y estás frases hallan eco en el resto de las facciones. ¡Dios haga que mis pronósticos se vean cumplidos! ¡Dios haga que estas gentes se convenzan pronto de que ha concluido aquella guerra sistemática hecha á determinadas instituciones, y que un rey que vive con él perdón en una mano y el olvido en la otra, un rey católico, apostólico, romano, como es el que legítimamente ocupa hoy el solio de San Fernando, sabrá, dando á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César, hacer de esta nación desventurada una nación próspera y feliz! (pero continuó desventurada, próspera para unos y pobre para otros)."

La América del día 13 llegaba a esta conclusión: las operaciones militares han conseguido el desbloqueo de Pamplona. La expulsión de los carlistas de la línea del Arga y del carrascal, la ocupación de Puente la Reina y la concentración en Estella de las tropas del Pretendiente, que no será difícil expulsarlas, y si así se realiza, no será un gran avance, se le da demasiada importancia a esta plaza. Terminó con esta reflexión: "—¿Por qué parece al menos que se han olvidado las dolorosas lecciones reci-

bidas en el transcurso de los siete años que mediaron desde el de 1833 al 1840, precisamente en los mismos campos vascongados y navarros en que ahora se pelea, y luchando contra el mismo perpetuo enemigo del espíritu del siglo? ¿Por qué se incurre en los mismos errores que entonces pudo excusar la inexperiencia, y ahora no admiten disculpa? ¿Por qué, en fin, no se adopta el sistema de guerra del malogrado glorioso vencedor de Mendigorria y de Arlaban, único en aquel país racionalmente posible, y que la experiencia dejó acreditado?"

"Generales tiene nuestro ejército que sabrán responder".

De esta manera, la prensa madrileña narraba el primer viaje que hizo Alfonso XII a Navarra, que para una parte de la sociedad "navarrica" era el monarca legítimo y apreciado por su entrega y valor, y para otra parte, el carlismo, era el usurpador de los derechos de su rey. El resultado de la discordia, sangre derramada e inútil; lección que los españoles que vinieron después no la aprendieron. 



Alfonso XII en la Batalla de Lacar (1975). Grabado de época.